

El camafeo

Carolina Fernández Pérez

Un precioso día de verano, el príncipe Eric estaba cabalgando en su caballo cuando descubrió cerca de una aldea a la más hermosa doncella que jamás hubiera visto: tenía los cabellos largos y brillantes, de un color negro azabache. Inmediatamente, quedó prendado de su belleza y se enamoró de ella.

La doncella, que se llamaba María, también se fijó en ese apuesto caballero que acababa de descender de su caballo, pues el príncipe Eric tenía una belleza muy especial, era rubio y con unos preciosos ojos verdes que se le iluminaban cada vez que sonreía. Hay que decir que el príncipe era muy risueño, por lo que se pasaba todo el día sonriendo y gastando bromas a sus amigos.

Eric no pudo evitar el acercarse a ella y saludarla, hacía mucho tiempo que no salía a pasear con su caballo por esa zona y no recordaba haberla visto por ahí antes. La doncella, al principio, no le reconoció, pero, poco a poco, conforme iba hablando con él empezó a darse cuenta de quién era.

El príncipe tenía fama de ser muy simpático y dicharachero, y no era la primera vez que se bajaba de su caballo y se dedicaba a hablar con los lugareños ya que le gustaba mucho conocer las preocupaciones y las inquietudes de sus súbditos.

Estuvieron hablando largo rato de los gustos de ambos y se dieron cuenta de que coincidían en muchas cosas. El tiempo se les pasó volando y el príncipe, que ya tenía que marcharse, quedó en volver al día siguiente a Nurs, que así se llamaba la aldea, para continuar hablando con María.

Aquella noche, ninguno de los dos pudo dormir. Eric, dando vueltas en la cama, no dejaba de recordar la conversación tan intensa que había tenido con María. Después de tanto tiempo, por fin había encontrado a la persona ideal para que fuera su mujer. Sus padres llevaban una temporada que no le dejaban en paz, insistiendo en que a los 25 años ya tenía edad suficiente para encontrar una esposa, pero Eric no quería precipitarse porque sabía que era una decisión muy importante, y todavía no había encontrado a la persona adecuada, hasta ese momento en que María le había robado el corazón.

Muy feliz, al día siguiente volvió a Nurs. Allí estaba María, ayudando a su madre a preparar la comida. Ese día había una reunión familiar muy importante, ya que el patriarca de la aldea, abuelo de María, tenía una importante noticia que comunicar. Ni corto ni perezoso, Eric se ofreció a ayudar, y, en menos que canta un gallo, estaba todo dispuesto para cuando llegara la familia de María.

Las noticias eran preocupantes, parecía ser que, en los confines del reino, se encontraba una malvada bruja, de nombre Gunila, que se dedicaba a raptar doncellas y convertirlas en estatuas de bronce.

Esta información corrió como la pólvora por todo el reino y se empezaron a formar expediciones para ir a rescatar a las doncellas secuestradas.

Mientras tanto, Eric seguía visitando la aldea de Nurs y, cómo no, viendo a María con la que, día a día, congeniaba más.

Sin embargo, una mañana de otoño, cuando llegó a la aldea, se encontró con una desagradable noticia: no había rastro de María. La habían buscado por todos los sitios a los que solía acudir, pero nadie la había visto.

La familia de María empezó a ponerse nerviosa, temiéndose lo peor, pues María, que disfrutaba con el aire libre y era incapaz de permanecer todo el día entre las paredes de su habitación, de vez en cuando, se escapaba al campo sin que nadie lo supiera.

Se organizó una batida por el bosque, pero sin resultado.

Finalmente, Eric habló muy seriamente con sus padres, ya que sospechaba que su desaparición era cosa de Gunila y quería ir a buscarla, pero los reyes se opusieron rotundamente, porque no querían que su hijo, el futuro rey, perdiera la vida por recuperar a una aldeana. Así que lo encerraron en palacio.

Así iban transcurriendo los días, y el príncipe estaba cada vez más sumido en una profunda tristeza. Tan grande era su pena, que los reyes, preocupados, hicieron llamar al mago Lundar, gran sabio y conocedor del alma humana, para que aliviara su pesar.

El mago fue tajante, hasta que María no fuera rescatada, Eric no volvería a su estado natural, alegre y risueño. Ante estos argumentos, los reyes no pudieron oponerse y aceptaron con pesadumbre, la partida de su hijo en busca de María.

Para ello, se acordó que los más valientes y fuertes guerreros le acompañaran, pues los reyes no querían perder a su heredero. Y así, un frío día de finales de otoño, el príncipe Eric y cinco de sus más fieles guerreros partieron en busca de María.

Recorrieron valles y bosques, cruzando ríos caudalosos; sabían que se enfrentarían a múltiples peligros, pero nada les arredraba porque en el corazón de todos estaba la idea de rescatar a la amada de su príncipe así como a las demás doncellas capturadas por la malvada bruja.

Sin embargo, lo que no sabían era que Gunila conocía la partida de estos guerreros y que les iba tendiendo trampas por el camino. Así, un día, disfrazada de cervatillo, se acercó a uno de ellos. Éste, deseoso de comer carne fresca, lo persiguió por el bosque, adentrándose en una cueva en la que, pensaba, había entrado el cervatillo. Allí se encontró con un fabuloso tesoro: montañas de oro. Se acercó a recoger algunas monedas que se convirtieron en grilletes, cerrándose rápidamente en torno a su cuerpo y dejándole incapacitado para moverse. Sus compañeros detectaron su ausencia, pero, al no poder encontrarle, decidieron continuar adelante.

Otro día, una hermosa flor, con unos pétalos brillantes desprendía una fragancia embriagadora cerca de un árbol. Uno de los guerreros, que se había quedado un poco retrasado del resto de sus compañeros, se acercó a ella, pensando en ofrecérsela a su amada, que también había sido capturada por Gunila. Cuando se acercó a arrancarla, el tallo de la flor se volvió áspero y, convirtiéndose en una fuerte y vigorosa sogá, se enrolló en su cuerpo, atándole al árbol.

Así, uno por uno fueron cayendo todos en el camino, salvo Eric, cuyo deseo de encontrar a María iba aumentando por momentos.

De pronto, se tropezó con una verja, en medio del bosque. A lo lejos, se encontraba un palacio, señorial en otra época, pero que, con el paso del tiempo, se iba desmoronando poco a poco. Eric, lo supo: era el palacio de Gunila. En el jardín podían verse estatuas de bronce, de las doncellas raptadas por la bruja.

Muy despacito, Eric se acercó a la puerta de la verja, trepó con sigilo y se adentró en el territorio de Gunila. Avanzaba con miedo, pero con firmeza, pues sabía que pronto podría encontrar a su amada. Vio que una de las puertas del palacio estaba entreabierta y pasó dentro.

Todo se encontraba perfectamente ordenado. No se veía a Gunila por ninguna parte.

Entró en una estancia oscura, con un aspecto siniestro, allí había sobre una mesa un montón de frascos y brebajes. Curioseó un poco, pero, no viendo nada que le pudiera interesar, pasó a otra habitación, opuesta por completo a la anterior. Donde en la otra había oscuridad, en esta había luz, donde en la otra había misterio, en esta había alegría. Parecía como si un niño pequeño acabara de estar en esa habitación, llena de juguetes. Empezó a dudar de que Gunila, la malvada bruja, como así se la habían descrito, fuera tan mala. No podía imaginar que una persona de esas características pudiera tener la sensibilidad que se mostraba en esa habitación. Preciosos encajes y lazos de vistosos colores adornaban las ventanas de la habitación, la cuna, los armarios...

Repentinamente, la puerta se cerró tras él. Tan embebido estaba mirándolo todo que no se percató de unos pasos que se acercaron por detrás. Sintiendo un golpe, cayó al suelo.

Cuando despertó, intentó tocarse su dolorida cabeza, pero unos grilletes se lo impidieron. Estaba sentado sobre una silla, con las manos y los pies atados. Enfrente, Gunila preparaba una poción. Al percatarse de que Eric había recuperado el sentido, se dirigió a él. Quiso saber quién iba a tener el honor de probar su pócima, que le convertiría en estatua de bronce. Cuando se enteró de que era el príncipe Eric, le recorrió un escalofrío. Llevaba muchos años fraguando su venganza y ese era el momento para conseguirlo. Haría que la reina sintiera lo mismo que ella había sufrido hacía 25 años, cuando desapareció su querido niño Esteban, una oscura noche de tormenta, mientras dormía. No había podido hacer nada para evitarlo, su marido se encontraba enfermo en la cama y ella, mientras le atendía, no oyó cómo unos asaltantes entraron en el palacio (otro día el más alegre y lujoso del reino) y se lo llevaron.

Nunca supo la identidad de los desconocidos, sólo que su precioso niño ya no estaba. Su marido no pudo soportar el duro golpe y murió al día siguiente. Ella, de carácter más fuerte, se sobrepuso, pero su alegre y jovial talante se agrió.

Su único deseo era recuperar a su hijo como fuese. Procedía de una familia conocedora de la magia blanca, pero el camino que separa la magia blanca del bien a la magia negra del mal es muy corto y ella lo atravesó, convirtiéndose en una persona malvada.

Para rescatar a su hijo, se convirtió en cuervo y recorrió volando todo el reino, buscando en las aldeas. Por aquel entonces había grandes celebraciones pues el príncipe Eric, legítimo heredero de la corona acababa de nacer.

Gunila tuvo que darse por vencida pues nunca tuvo el más mínimo indicio de dónde estaba su precioso niño, así que ideó un plan: cuando su hijo alcanzara la edad casadera, raptaría a todas las doncellas del reino, una por una. Entre ellas se encontraría su prometida; de esta forma, le obligaría a ir a su palacio a rescatarla. Gunila sabía que reconocería a su hijo en cuanto lo viera porque, pensaba, el amor de una madre es infinito y no podría pasarse por alto su adorado niño.

Todas estas explicaciones estaba dando a Eric, quien conmovido, empezó a sobreponerse al dolor ya que Gunila le había aflojado los grilletos. Sin darse cuenta, echó mano al cuello acariciando un pequeño colgante que llevaba desde niño, con una imagen suya.

Gunila se percató, quedándose paralizada, Eric llevaba el delicado camafeo que había colgado ella del cuello de su bebé al poco de nacer. Violentamente, se dirigió hasta él y, de un tirón, se lo arrancó, comprobando que, efectivamente, tenía su inicial "E" en el reverso.

No sabía qué hacer, si reír o llorar, si gritar o estremecerse. Rápidamente, retiró los grilletos de Eric y se abalanzó sobre él besándole. Ahora era Eric quien no sabía lo que hacer porque no entendía nada.

Cuando Gunila se calmó, le explicó todo: esa imagen pertenecía a su hijo Esteban, ella misma la había puesto ahí cuando nació. Por su parte, Eric le contó que su madre le había dicho que ése era él con apenas unos días de vida y que siempre lo había llevado en el cuello porque le tenía un cariño especial.

Ninguno de los dos comprendía lo que estaba ocurriendo, pero Gunila se sentía muy feliz. Acordaron acudir a palacio y hablar con Lundar, antiguo amigo de la familia de Gunila, para descifrar ese misterio.

Acto seguido, Gunila deshizo los hechizos que había ido realizando a lo largo de su vida, con lo que las doncellas volvieron a su estado natural, así como los valientes guerreros que habían acompañado a Eric, quienes quedaron liberados de sus ataduras.

Eric recuperó a su amada María y partieron los tres a palacio, Gunila convertida en halcón, pues deseaba pasar desapercibida.

Eric estaba deseoso de conocer la verdad y Gunila quería que se hiciera justicia. Ya en el palacio, Gunila entró en la estancia de Lundar, recuperando su forma humana. Éste quedó paralizado cuando la vio y ya que él mismo había ordenado el secuestro de Eric cuando nació.

Lundar se dirigió hacia Gunila, pero ella reaccionó con un hechizo que había aprendido de unas brujas de las tierras lejanas de Zordum inmovilizándole.

Al oír el ruido que se había formado en la habitación acudieron los reyes y el príncipe, descubriendo a Lundar en medio de la alcoba, sin poder moverse y a Gunila a su lado.

Gunila se dirigió a Lundar con duras palabras, ya que le creía su amigo. Entonces, Lundar explicó todo lo que había pasado: la reina y Gunila eran hermanas, pero Gunila, de carácter abierto y alegre, había abandonado el palacio, instalándose en la frontera del reino porque no soportaba la rigidez de la corte. Allí, podía disfrutar de la naturaleza. Unos años más tarde, dio a luz a un niño, al que llamó Esteban.

A los pocos días de nacer, Lundar supo que el niño había heredado los poderes mágicos de su madre, que podrían destruirle. Y, como los reyes no podían tener hijos, lo que les llenaba de pesar, decidió secuestrarle y hacerle pasar por hijo de los reyes. De esa manera, tendría controlados esos poderes y pediría al príncipe que le enseñara nuevos hechizos para convertirse en el más poderoso mago de la tierra.

Lundar entregó el niño a los reyes diciéndoles que se acababa de quedar huérfano. Los reyes, que desconocían por completo su origen, quedaron encantados. Entonces, con un hechizo, Lundar hizo que los reyes y Gunila olvidaran que eran familia. De esta forma, esperaba conseguir sus maléficos planes.

Los reyes se quedaron horrorizados, llamando rápidamente a la guardia para que apresara a Lundar y le metiera en las mazmorras.

Cuando el pueblo vio aparecer al príncipe en el balcón de palacio con su amada, se produjo un gran alborozo. Los reyes explicaron a sus súbditos todo lo que había ocurrido y decretaron varios días de fiesta, para la celebración de su boda con María.

Y, como en todos los cuentos, fueron felices y comieron perdices.

Carolina Fdez., 17 de enero de 2004